CAPÍTULO L.

Roma

El dia 2 de Diciembre, el déspota del Sena, el falso emperador, el enemigo de la libertad, el gran aliado de todos los tiranos, se propuso, con la misma hipocresía con que la habia esclavizado, libertar á la antigua metrópoli del mundo, á la que fué en otro tiempo la reina de las naciones, á la que eclipsó con su gloria á todos los poderes de la tierra.

Atila, á quien llamaban el *Azote de Dios*, seguido de sus feroces hordas, conquistó y destruyó á Roma; ¿no era esta la justicia del Altísimo?

El que á hierro mata á hierro muere.

Los antiguos romanos dominaron al mundo, sometiendo á las mas lejanas naciones, despues de haberlas saqueado completamente, y por algun tiempo estuvieron aquellas sometidas á sus tiranos.

El sucesor de los Atilas, no menos sediento que ellos de sangre y oro, necesitaba apoderarse de una presa que codiciaba,

pero su empresa no ha sido mas que una ridícula parodia de la que acometió el indomable guerrero que saqueó á Roma. Para hacer grandes cosas, ya sean buenas ó malas, es preciso tener un corazon fuerte, y el *suyo* es mezquino y cobarde. En todo lo que hace, vemos claramente que trata de imitar á su tio, pero le faltan el génio y la energía del gran coloso que escitó la admiracion de las naciones. El rudo guerrero á quien se designó con el nombre de *Azote de Dios*, convirtió á la orgullosa Roma en un monton de ruinas, pero el moderno Atila no ha querido destruir la ciudad eterna, por que la considera como suya.

Creo firmemente que no ha existido ni existirá nunca un gobierno tan cobarde como el italiano: no parece sino que el destino ha dispuesto que siempre vaya lo bueno con lo malo, y digo esto porque no puede negarse que la unidad de Italia, realizada á pesar de los obstáculos y dificultades que han opuesto mezquinos gobernantes y ambiciosos partidos, es una cosa escelente.

Pero, ¿qué gobierno es el nuestro? ¿Merecen el nombre de tal los hombres que rigen los destinos del país? ¿Y qué es el pueblo? ¿Cuál será su porvenir? La mitad de él está comprado por la otra mitad para que sufra con resignacion su miseria y el yugo que le oprime; con esto está dicho todo.

¡Bravos mejicanos! yo admiro vuestro valor y constancia, y aplaudo la energía de que disteis pruebas al arrojar de vuestro país á los mercenarios del despotismo! Recibid, intrépidos descendientes de Colon, de vuestros hermanos de Italia, la mas cumplida enhorabuena por haber alcanzado la libertad. Tambien á vosotros se os quiso subyugar, pero supisteis libraros de la tiranía y proclamaros independientes.

Nosotros en cambio, que hablamos contínuamente de nuestras glórias, de nuestra libertad y de nuestra pasada grandeza, estamos aun encadenados, hacemos grandes proyectos, pero no so-

mos capaces de romper las cadenas que nos oprimen, para ocupar nuestro puesto entre las naciones independientes.

Temblando siempre ante el déspota, no nos atrevemos á levantar la voz para proclamarnos libres, y sufrimos el yugo con vergonzosa resignacion.

¡ Oh Roma ! tú la ciudad eterna, tú la que un dia te alzaste orgullosa dictando leyes al mundo entero ; ¿ dónde está tu pasada grandeza ? ¿ Cómo has podido llegar á semejante degradacion ?

Para que tú volvieras á elevarte sobre tus ruinas, seria necesaria una catástrofe que asombraria al mundo.

Las cadenas de la esclavitud no se pueden romper sino vertiendo sangre, y esto debian tenerlo siempre presente todas las clases acomodadas de la sociedad, para evitar funestas consecuencias.

En otro tiempo, Venecia, siguiendo el ejemplo de su hermana la Lombardía, lavó en sangre los ultrajes que habia sufrido durante una esclavitud de muchos años, pero ahora no es así, y el haber sacudido el yugo extranjero no lo debe á sus actos, sino al valor de los que la auxiliaron. Si hubiese rescatado su libertad, merced al valor de sus hijos, nada tendríamos que decir, pero desgraciadamente, ha conseguido aquella apoyada por las armas del estranjero. Sadowa, la gloria de Prusia, dió la libertad á Venecia, y la nacion italiana no podrá ocultar nunca esta deshonra.

Hubo un tiempo en que la reina del Adriático llegó hasta el Oriente, y sometiendo al victorioso Otomano, le dictó leyes, y cuando los monarcas de Europa, cuyo auxilio habian invocado los celosos estados de Italia, conspiraron juntos contra Venecia, fueron rechazados victoriosamente por los valerosos republicanos.

Los orgullosos compatriotas de los Dandoli y de los Morosini, figuran entre los hombres que solicitan el apoyo del estranjero

para alcanzar su libertad, y que una vez conseguida esta, se reunen al partido moderado, cuyo servilismo y bajeza reconocen todos, pues la esclavitud imprime en la frente del hombre el sello indeleble de la infamia que jamás se puede ocultar.

Por mucha que sea la humillacion de los italianos, no olvidan por eso sus fiestas y regocijos; ellos piden á sus tiranos pan y diversiones, y para complacerles y engañarlos mejor, celebran los curas esas fastuosas ceremonias, con las cuales encubren su impostura é hipocresía.

Y los italianos pagan, despojándose de cuanto tienen, pero en cambio no les faltan misas, ni procesiones, ni fiestas, ni placeres.

La salida del *Bucentauro* era una de las ceremonias que mas gustaba al pueblo cuando Venecia era libre, es decir, cuando se hallaba gobernada por los Dux.

El dia fijado para la fiesta, el *Bucentauro*, la mas rica galera, se empavesaba y adornaba de una manera espléndida, y en ella se reunian el Dux, los ministros, los altos funcionarios y las mas hermosas damas, formando una brillante comitiva, que se embarcaba en la plaza de San Márcos, para dar un paseo por el Adriático. En numerosas góndolas, que seguian como en procesion al *Bucentauro*, iba una gran parte de la poblacion de ambos sexos.

¡ Oh ! hermosos eran aquellos tiempos en que la orgullosa Venecia, gobernada por los Dandoli y por los Falieros, demostraba que era digna de titularse la reina del Adriático ! ¡ Oh tú, república de nueve siglos, verdadera madre de las repúblicas ! si en medio de tu grandeza te hubieras asociado con tus hermanas de Italia, en vez de aborrecerlas, nunca hubiera conseguido esclavizarnos el estranjero!

Ocultad las señales de vuestras cadenas, procurad que no se conozca vuestra miseria ; no olvideis, ni en vuestros regocijos ni

en vuestras tristezas las humillaciones que habeis sufrido, y recordad sobre todo, que solo cuando Italia esté unida podrá desafiar el poder de las potencias extranjeras que envidian su engrandecimiento.

Cuando el desgraciado príncipe T..... cayó herido de muerte por la bala de Morosini, Attilio tomó sus disposiciones para que se trasladara el cadáver, é inmediatamente fué á buscar á sus amigos para comunicarles la triste noticia.

Horacio, Muzio y Gaspar se hallaban cerca del palacio de San Márcos, donde esperaban á su compañero, sabedores ya de lo que pasaba, y no tardaron en divisar á Attilio, quien acercándose apresuradamente les estrechó la mano esclamando:

—¡ Muerto !

—Estaba escrito, sin duda, que ese representante de la grandeza romana viniese á morir aquí, murmuró Muzio con voz lúgubre.

—Ha muerto como un hombre valeroso, repuso el jefe de los Trescientos.

—Muchos italianos saben morir tambien así, replicó Muzio, pero es preferible perder la vida, luchando contra los opresores.

CAPITULO LI.

El entierro.

La muerte iguala á todos los séres; para ella no hay distinciones ni gerarquías; asi el emperador como el mendigo la pagan su tributo, y solo por los funerales conocemos la situacion que el finado ocupaba en el mundo. Confieso que me inspira lástima el fausto y la pompa que se emplea para enterrar un cadáver y los preparativos que se hacen, sobre todo cuando reflexiono que todo eso no sirve sino para encubrir mejor la secreta alegría de un mezquino heredero ó la indiferencia del que ha perdido un pariente.

En Moldavia, y acaso tambien en otros paises, cuando muere un personaje, se paga á cierto número de mujeres para que lloren durante el entierro, y á fé que desempeñan su papel perfectamente. La cantidad que se les dá es la medida de su sentimiento.

A los funerales del príncipe T... acudió una numerosa concurrencia porque se sabia que era una persona notable por todos conceptos, pero entre las personas que asistieron no se notaba sino indiferencia; solo los amigos del difunto, Horacio, Attilio, Muzio